

**Dolor en el mundo de la cultura / Sobre el pintor y su obra**

## **Muere Luis Sáez, una de las figuras de la pintura del siglo XX**

**Entre los grandes. Considerado uno de los mejores coloristas, es, junto a Ciruelos, el pintor burgalés más importante de los últimos 50 años.**

En su trayectoria, que comenzó como muralista, fue tocando distintos estilos como el informalismo, la abstracción, el expresionismo o el surrealismo.



**Luis López Araico**

**I.L.H. / Burgos**

Aunque la salud de Luis Sáez Díez se había visto debilitada durante los últimos años, la muerte del pintor burgalés ha causado una gran impresión en el mundo de la cultura. El párkinson que cada vez con más asiduidad le hacía recurrir a la silla de ruedas, unido a las complicaciones producidas por una grave caída, se llevaron ayer al pintor, que fallecía a primera hora de la tarde a la edad de 84 años.

Precisamente la enfermedad le había impedido en la última época dedicar su tiempo a lo que fue la gran pasión de su vida: «Era cada vez más evidente que le angustiaba no poder pintar. Su brocha empezaba a ser más expresionista y, por un lado, decía que así se había liberado, pero por otro le molestaba no poder definir su pincelada como quería porque estamos hablando de un perfeccionista absoluto», recuerda su sobrino y también pintor Carlos Sáez.

Nacido en Mazuelo de Muñó en octubre de 1925, su afición por la pintura estuvo marcada desde la infancia, estrenándose con su primera exposición en 1951. Desde entonces no dejó de crear, exponer, diseñar y ganar premios, algunos internacionales.

En su trayectoria, que comenzó como muralista, fue tocando distintos estilos como el informalismo, el expresionismo y la abstracción, pasando por un estilo «figurativo que avanza hacia el realismo riguroso en la ejecución, pero surrealista en el concepto».

Premio Nacional de Dibujo y Premio de las Artes de Castilla y León, la pintura de Luis Sáez refleja en gran parte de su obra la angustia del hombre hacia la

máquina. Las formas rotundas y la fuerza del gesto serán claves en sus cuadros, que también destacan por el uso del color. No en vano está considerado uno de los mejores coloristas, lo que le ha hecho merecer un puesto entre las figuras de la pintura del siglo XX. Y en Burgos es, junto a Modesto Ciruelos, el pintor más importante de los últimos cincuenta años.

Prueba de ello es que su obra se sigue cotizando al alza -las pasadas Navidades la galería madrileña Ángeles Penche vendió Composición abstracta, un cuadro de 1961 que ha estado expuesto en Japón y Estados Unidos- y despierta interés allá donde se expone, algo que comprobamos en su última muestra Luis Sáez. La exposición la acogió el Museo de Burgos con una selección de las más de seiscientas piezas entre obra gráfica, grabado y dibujo que el artista dejó como legado al centro.

Esta tarde, a las 18 horas, la sala de incineración del Tanatorio de la Funeraria San José acoge el acto de despedida de un hombre unido a las vanguardias, uno de los grandes pintores de Burgos y uno de los artistas con más proyección (hay obra suya en los principales museos españoles).

## Dolor en el mundo de la cultura / La pintura como proyecto vital

### El botones que dibujó un sueño

**Hijo de un dulzainero sin trabajo, Luis Sáez entró en contacto de niño con el arte en la Academia Provincial de Dibujo y fue ‘descubierto’ por Marceliano Santa María**

Luis Sáez (a la derecha), junto al también pintor José Vela Zanetti, en una imagen de 1973.

Fede

Roberto Peral / Burgos

¿Intuición, fortuna, capricho del destino? El caso es que un niño llamado Luis Sáez, que había llegado desde su Mazuelo de Muñó natal a Burgos en plena guerra civil después de que su padre, dulzainero de profesión, se quedara sin ocupación debido a la suspensión de las fiestas populares durante el conflicto, empezó a echar una mano a la economía familiar trabajando como botones en el Casino de Burgos. Al lado estaba la Academia Provincial de Dibujo: aquel niño se decidió un día a recorrer los pocos metros que separan ambos edificios, y durante una hora diaria trazó las primeras líneas de una vocación que en aquellos años viviría de una forma febril y que le condujo poco después a realizar los grandes murales con que se anunciaban entonces las películas de estreno.





finalizar sus estudios en San Fernando le permiten entrar en contacto con la pintura contemporánea. Cézanne, Picasso, Delanoy, Roger de la Fresnaye, Jaques Villon..., despiertan en el alma de Luis Sáez el impulso de un nuevo lenguaje pictórico. A partir de 1951 Sáez inicia, en efecto, una etapa de tanteo, la de su primera producción adulta, que le lleva a afrontar nuevos retos formales: comienza a acentuar los volúmenes, huir del detalle, aparcar la narración; a trazar su propia senda artística. A comienzos del 52 el pintor está en Melilla, sirviendo como alférez de Ingenieros en la Milicia Universitaria. En verano, coincidiendo con sus vacaciones, cuelga su primera exposición individual en la Sala Municipal de Burgos. Ya la crítica advierte en el artista «un loable afán por eludir adocenados academicismos».

### **Despegue**

Luis Sáez, inmerso de lleno entonces en su interpretación de la vanguardia cubista, ya no parará de crecer. Su primera exposición de importancia llega en 1957, en la Galería Biosca, epicentro de la modernidad madrileña. En el 60 expone en Barcelona y un año después lleva sus obras a Frankfurt (Alemania). Ha despegado una carrera deslumbrante que le va convirtiendo en uno de los pintores descollantes de su generación, un burgalés con obra en el Museo de Arte Contemporáneo de Nueva York, el Museo de Arte Abstracto de Cuenca y en los de arte contemporáneo de Sevilla y Madrid, entre otros muchos. Aquel niño nacido en Mazuelo en 1925, convertido en pintor, pasea su obra por toda Europa, Japón, Centroamérica. En 1967 participa en una muestra de pintores españoles en la Feria Mundial de Nueva York, y un año después se presenta en la Bienal de Venecia.

Mientras su pintura va evolucionando hacia una tendencia neofigurativa primero, y más tarde hacia un estilo surrealista lleno de color y de formas fascinantes a la vez que amenazadoras, el artista va acumulando premios: el Nacional de Dibujo Pancho Cossío, el de la Bienal de Valparaíso, el «Ciudad de Burgos», el Premio Castilla y León de las Artes (1990)...

Magnífico también como dibujante y grabador, Luis Sáez es apreciado hoy como autor de una obra sugestiva, determinada por un estilo exuberante y proteico que, al contrario de la senda que recorrieron muchos de sus coetáneos, partió de la abstracción para recalcar en una sorprendente figuración transida de ensueño y que tiene como tema central la figura humana.

## Dolor en el mundo de la cultura / Análisis sobre uno de sus cuadros

### Palabras como imagen

El cuadro 'Pintura nº 29. Composición abstracta' es su última obra vendida. El óleo lo adquirió un particular el pasado mes de diciembre en una galería madrileña. Reproducimos parte del estudio que acompañaba al lienzo



"Resulta lógico que se produjera aquella especie de aproximación transitoria a determinados postulados del Grupo El Paso»

#### **Alicia Pérez Bayón**

Me permito la licencia de transcribir aquí el texto del crítico de arte José Marín-Medina; en él da una explicación clara y meridiana de lo que supone la pintura de Luís Sáez

en esa etapa, la citamos aquí:

«Entre 1956 y 1960, sus composiciones insistieron cada vez más en la estructura geométrica y en el carácter constructivo implícito en las formas de lo real, llegando a detenerse en la abstracción propiamente dicha en una serie de gouaches de pequeño formato realizados en 1959 - ciclo S/T - por más que también en aquellas pinturas Luís utilizara el color intencionadamente como «sensación de realidad». Eran unos cuadros en los que la mezcla del riguroso diseño geométrico y de los valores de la variedad cromática producía un acusado efecto de vidriera. A partir de 1960, las formas orgánicas volvieron a hacerse presentes y predominantes en la pintura de Sáez, como testimonian óleos que siguen ahora pareciéndonos relevantes; así, el titulado Paisaje castellano visto como naturaleza muerta (1960), y el conjunto de lienzos integrantes de la suite Pintura (fechados también en el 60). Son cuadros dominados por la valoración del gesto - y consiguientemente del movimiento - y por la consideración del óleo como cuerpo pictórico en el que las formas se encuentran implícitas de manera potencial. O lo que es lo mismo: son pinturas en las que la carga rica del óleo impone los efectos de una sensualidad y una suntuosidad muy acusadas, al

tiempo que la fuerza de la pincelada transmite directamente al cuadro la energía imperiosa del pulso de la mano del pintor.

En todo caso, resulta lógico que se produjera aquella especie de aproximación transitoria del proceso de Luís Sáez a determinados postulados de grupo el Paso, el cual marcaba en aquellas fechas el discurso general de nuestra escena artística. Existía, además, una cierta concordancia entre ciertos intereses entre otros, el estupendo óleo de Sáez titulado Ref./To-2, (1962); me refiero a la relevancia que ambos artistas daban al planteamiento ético y al alcance político de su trabajo, así, como a una especie de inclinación «natural» que compartían hacia la poética surrealista, sin olvidar las implicaciones socio - realistas de su expresionismo de tintes trágicos. Con todo, en la obra realizada por Sáez entre 1960 y 1968 se evidencia asimismo el influjo del expresionismo centroeuropeo, que él había tenido la ocasión de analizar en la exposición Arte alemán contemporáneo, Detalle de Pintura nº 9 exhibida en Madrid en 1960, en la que alentaban o «coincidían» cierto espíritu existencialista y cierta carga imaginativa de carácter onírico».

### **Gesto seguro y firme**

Como nos explica Marín Medina de una manera inmejorable, lo más destacable del cuadro sería, sin duda, su calidad. Calidad, en cuanto a textura; el empaste de materia que recubre el lienzo creando un relieve que deja ver la fuerza del gesto. Un gesto seguro y firme. Un gesto que el artista materializa con formas abstractas, que transmiten a la perfección una atrayente fuerza que emana del cuadro y atrapa la mirada del espectador.

Obras comparables a esta, realizadas en los años sesenta y agrupadas en la llamada Suite Pintura, son Pintura, de 1960 o Pintura nº 7, de 1961. En ellas se aprecia claramente ese rasgo que queremos destacar de la fuerza de la materia y su notoriedad en cuanto a relieve. Formas rotundas. Pinceladas seguras. Lo físico como representación de la energía que el pintor imprime en la pincelada.

(\*) Alicia Pérez Bayón, historiadora de arte y colaboradora de la Galería A. Penche.

**Dolor en el mundo de la cultura / La huella de Luis Sáez en papel impreso y en la ciudad de Burgos**

**«Soy un hombre que trabaja en la pintura con la mayor intensidad»**

**"Marceliano Santa María se interesó por mí y me ayudó» (1952) «Me gusta dejar la temática a la interpretación de los demás» (1981) «Mis enemigos siempre me han echado en cara que trabajaba mucho» (2009)**

Crítica de su primera exposición, en Burgos en septiembre de 1951.

Los óleos, acuarelas y pinturas de Luis Sáez acreditan su valía indiscutible, reconocida. Nos presentan al artista en excelentes condiciones de emprender una lucha con grandes posibilidades de éxito». Así describe la crítica de arte de R.V.



la primera exposición de Luis Sáez en Burgos, inaugurada en el viejo Teatro Principal el 16 de septiembre de 1951. En ese año terminó sus estudios en Madrid y se impuso por cuarta vez consecutiva el primer premio al cartel anunciador de las fiestas de San Pedro y San Pablo, en perfecta sintonía con Jesús del Olmo.

Al primero de esos galardones se remonta la que probablemente fue su primer retrato periodístico. Un joven Sáez con bigote perfectamente recortado y pelo ondulado, al que retrata Fede como coautor del premio de 1948 con el cartel Caricia de luz, por el que les entregaron 5.000 pesetas. Ya entonces decía DB de ellos que eran «dos positivos exponentes del

futuro arte burgalés y ya brillante promesa de una categoría extraordinaria dentro del campo de la pintura», para recordar su paso por la Escuela Provincial de Dibujo y la de Arte.



Los muchos éxitos que auguraba entonces el periódico se sucedieron y también las críticas a sus exposiciones y entrevistas. Sin embargo, no fue Sáez un hombre de grandes titulares, sino un devorador de letras y libros que dejaba sus cuadros a la interpretación del espectador. En esas primeras declaraciones siempre tienen presente a Marceliano Santa María. «Me conoció, se interesó por mí y me ayudó», reconoce para añadir: «Gracias a él, hoy me encuentro pensionado en Madrid», según recoge en su libro Luis Sastre.

En sus comienzos se siente más feliz «pintando mujeres» y queda entusiasmado por Van Gogh y Picasso en París, uno de sus primeros viajes al extranjero en busca de formación. El 28 de junio de 1961, Juan Ruiz Peña da por superada la «ardua juventud de Sáez, mediante una titánica voluntad de roble



burgalés en pro de un arte nuevo», al que llega gracias a una «aguda intuición», su «vocación de trabajo» y su constante relación con Europa y sus artistas, a través de la que ha adquirido «una gran firmeza, una ciega seguridad en su arte y en su mismo», añade.

20 años después, CRISBA vuelve a retratar en DB al incansable trabajador, conciso, tranquilo y reflexivo. «Soy un hombre que trabaja en la pintura con la mayor intensidad que puede», afirma para recurrir a Picasso a modo de explicación de su trayectoria: «No buscamos, sino que encontramos»

Esa sobriedad le acompaña hasta el final de sus días, aunque en el último encuentro con DB se permita una ironía. «Mis enemigos siempre me han echado en cara que trabajaba mucho».

## **Dolor en el mundo de la cultura / Sobre el pintor y su obra**

### **El artista inimitable**

**Luis Sáez fue el creador de un universo único, singular, sugerente y repleto de matices • Su extensa obra revela la riqueza de un legado impagable**

#### **R. Pérez Barredo / Burgos**

Lo más interesante para mí es la honradez, dijo en una ocasión Luis Sáez, que fue botones y pintor de brocha gorda antes que creador de un universo único, rico, lleno de matices, tan vanguardista y radical como humano. Cuando siendo un chaval visitó Altamira supo que ya estaba todo contado, pero quiso arriesgar: era un niño que dibujaba a todas horas, un ser para quien el descubrimiento de Picasso, Van Gogh, El Greco, Rembrandt, Goya o Cézanne habría de suponer más que una revelación: la luz que él necesitaba para construirse un camino. Pintor vocacional y apasionado, tuvo claro desde el principio que su vida debía encaminarse por la vertiente de la creación, aun a riesgo de que esto supusiera toparse con muros tan gruesos como la incompresión o el fracaso, la crisis personal o el miedo a la nada.

No le importó pasar estrecheces en sus comienzos (con las becas, siempre exiguas, era imposible hacer milagros), y sacrificó un sinfín de bocadillos para poder comprarse tubos de blanco. Quizás se sintió bohemio entonces, a la manera de aquellos genios que él tanto admiraba, aunque aquel modo de vida jamás le cautivó. Así que en lugar de haraganear en sus ratos de ocio, cuando becado en los Madriles ya destacaba por su talento en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando, hacía cursis retratos que vendía para ir sobreviviendo.

Algo que no le costaba, porque le apasionaba dibujar, más aún que pintar: creía que en el dibujo había más verdad, que era un territorio en el que no podía mentirse ni hacer ficción. Y no digamos si creaba sobre papel o lienzo un cuerpo de mujer: nada le hacía sentir más feliz, llegó a confesar en una de sus primeras entrevistas. Viajó cuanto pudo, tal era su ansia y su ambición por impregnarse de cuanto arte pudiera echarse a la cara; vendió cuanto estuvo en su mano (cuadros, se entiende) para hacer realidad esos sueños. Ni el servicio militar le alejó de la creación. Llegó a Melilla y al cabo había conquistado el norte de África: en el Rif nunca habían visto un sorchi que pintara como Dios.

Ya liberado de ataduras vasalláticas, plenamente centrado en crear, el interior de Luis Sáez bullía sin parar. Nuevos signos, nuevas sugerencias, nuevos palpitos, criaturas que iban naciendo a borbotones de sus pinceles. En cada exposición ofrecía algo nuevo. Su obra evolucionaba, sí, pero siempre desde una enorme y

manifiesta singularidad, que lo iban convirtiendo en un artista diferente, tal vez único. A ello se dedicó siempre con firmeza, obstinación, sinceridad y rabia porque sólo aspiraba a una cosa: expresarse con plenitud.

«Lo más interesante para mí es la honradez. Esta palabra puede parecer tonta, pues todo el que hace una obra, sea de pintura o de otro arte, cree que es honrado y lo es en cierta manera. Lo que yo quiero de la honradez del arte, a lo que me gustaría llegar, es a ese despojarse de todo maleficio esteticista y cántico de sirenas, exquisiteces y finuras de que estamos rodeados y a las que tan difícil es resistir. Realizar la obra humildemente, honradamente, torpemente quizás, pero honradamente. Ser lo suficientemente honrado para echarse a broma uno mismo», declaró poco antes de pasear su obra por media Europa. Y de conquistarla, lo que le permitió colgar cuadros junto a pintores como su admirado Picasso, Tàpies u Oteiza.

Luis Sáez no descompuso la realidad: distribuyó cuidadosamente sus elementos, a los que dio su función, creando un cosmos inimitable, explosivo, auténtico. Dudó siempre, lo que le llevó a sufrir de lo lindo. Un sacrificio que le dejó muchas veces en silencio y a la intemperie pero del que jamás se quejó: sabía que debía pagar ese peaje si quería ser libre creando. Cubismo, abstracción, expresionismo, surrealismo, figuración. Luis Sáez lo fue todo, lo pintó todo, lo aprehendió todo y se convirtió en un artista extraordinario, puede que todavía hoy, en muchos aspectos, absolutamente adelantado y, desde luego, inimitable: Luis Sáez.

En su obra de madurez, cuando alcanzó la más alta y armoniosa forma de expresión, Sáez mostró toda su hondura de artista humano, de ser imbricado con el misterio de la existencia y sus desmanes a partir del proceso creativo. Llegó a hablarse no de obra, sino de 'poética'. Su paisano Victoriano Crémer hizo esa lectura sin duelo: «Advertimos que la catástrofe es hermosa; que la representación prescinde de tremendismos; que una asepsia luminosa potencia la crueldad, la libera de tenebrismos, la acentúa al trasladarla a una evidencia plenaria. Hay un gozne que articula cuanto pueda haber de antinómico entre crueldad y belleza».

Una obra inmensa

Hay obras oníricas que sugieren mundos a priori inexplicables pero cuyo lenguaje encriptado encierra un mensaje, el de una realidad recreada que aunque haya surgido del sueño es realidad, y que trasciende más allá de los gustos y las modas. Ahí laten los miedos y anhelos, las angustias y pasiones, todo puesto al servicio de la idea primigenia: alcanzar la plenitud desde una propuesta ambiciosa, siempre en continua evolución y renovación, mil veces investigada, a

través de la sugestión, del misterio, de una turbadora belleza o una angustiada arquitectura. Así pintó Luis Sáez su vida. Así nos deja su inmensa obra.

## **Dolor en el mundo de la cultura / La pintura como proyecto vital**

### **Tertulia en Mainel**

**En la galería de la calle de Vitoria debatían sobre arte y política cultural a finales de los 60 Luis Sáez y Vela Zanetti, principales exponentes, junto con Modesto Ciruelos, de una gran generación burgalesa de pintores**

Luis Sáez recibió el Premio Castilla y León de las Artes en 1990. En la imagen, dando una charla, con un cuadro suyo al fondo.



Ángel Ayala

### **R. Pérez Barredo / Burgos**

En la librería-galería Mainel de Burgos, en la calle de Vitoria, se reunía, a finales de los años 60 y sin fecha ni formación fijas, una tertulia de la que eran asiduos, entre otros, el crítico Antonio L. Bouza y los pintores Luis Sáez y José Vela Zanetti. Allí se hablaba de todo: de arte, de política cultural, del azaroso y apasionante oficio de pintar, en un ambiente dominado por los anhelos de aperturismo que comenzaban a contagiarse a una buena parte de los españoles. Y allí se enfrentaban no pocas veces los temperamentos volcánicos de Vela y Sáez, dos de los más importantes pintores burgaleses de todos los tiempos y, en cierta medida, dos creadores antagónicos: aventurero en el exilio durante buena parte de su vida, el pintor de Milagros recurre una y otra vez a la evocación de la Castilla tradicional y campesina que está presente en toda su obra; asentado en Burgos el de Mazuelo, llegó a declarar en una entrevista concedida a Feliciano Fidalgo en 1988: «No estoy ligado a nada de lo que es específico de lo castellano».

Compartieron, eso sí, el reconocimiento de sus coterráneos. Ambos recibieron el Premio Castilla y León de las Artes, del mismo modo que el tercer gran pintor burgalés del siglo: Modesto Ciruelos, un artista que, como Sáez, profundizó desde la ensimismada Castilla en las formulaciones de las vanguardias artísticas de su época.

«Amigo de toda la vida»

Pero aquella generación de creadores burgaleses no se limita a esos nombres ilustres, sino que está nutrida por un buen número de pintores, muchos notables, Mucho más estrecha fue la relación que Luis Sáez mantuvo durante toda su vida con otro pintor de Burgos nacido también en 1925: Jesús del Olmo, reconocido paisajista y retratista, a quien conoció en la



Academia Provincial de Dibujo. Ambos fueron discípulos de Marceliano Santa María, ganaron varias veces al alimón el concurso del cartel anunciador de las Fiestas de San Pedro y San Pablo y juntos compartieron el ardor de aquellas primeras y juveniles pasiones por el arte. A su muerte, sucedida en 2005, Sáez declaró: «Ha sido para mí el amigo de toda la vida».

De la fructífera «cantera» de la escuela del paseo del Espolón procede buena parte de aquella generación de artistas -se debe citar, también, el nombre de Néstor Pavón entre los más destacados- en la que tiene un hueco el hermano del fallecido, Carlos Sáez.